

Pero surgieron en la vida del escritor circunstancias que lo hicieron imposible. Así, lejos de profundizar en el aspecto carnal del matrimonio, Catalina y Cervantes ahondaron en los sentimientos, se rebuscaron entre las galerías del alma, casi siempre en la lejanía, y se acabaron de descubrir: generosos y bondadosos los dos, entrañablemente humanos y sin necesidad de mentirse, y se amaron en libertad. Catalina descubrió en Cervantes un alma clara y sin dobleces, encontró a un hombre entrañablemente humano al que amó durante su vida sin preguntarse por qué. Y le amó tanto que cuando asistía a cualquier acto público en el que debiera estampar su firma, lo hacía como “esposa de Miguel de Cervantes”, como atestigua Sabino de Diego. Y le amó tanto que redactó por segunda vez su testamento para expresar su deseo de ser enterrada en el Convento de las Trinitarias de Madrid, en la misma sepultura de Miguel de Cervantes “por el mucho amor que se tuvieron en vida”, lo que ocurrió el 30 de octubre de 1626.

Sólo llevaban dos años de casados, cuando, a finales de 1586, recibió Cervantes su nombramiento de Comisario Real de Abastos para proveer a la Armada Invencible. Hasta este momento Cervantes, *“había conocido ya la humildad heroica en Lepanto, la humildad alegre y libre en Italia, la humildad trágica y feroz en Argel, la humildad cortesana y culta en Lisboa y en Madrid; pero aún no había hecho sino entrever la humildad corriente y moliente, la de todos los días, la que formaba y forma la cantera grande de la nación, y también esa pequeña, retirada, angosta y engurruñida humildad que vive recoleta en el rincón de un pueblo y que no sale jamás de él; pero sin salir de él, como la carcoma en su viga, roe, trabaja, comunica a los de fuera sus aprensiones, egoísmos y cicaterías”* (13). Durante los casi veinte años que se prolongaron las ausencias de Cervantes del hogar esquiviano ocupado en ese y en otros menesteres, Catalina fue una leal y resignada esposa a la que nadie atribuye ni puede atribuir aventuras o deslices amorosos: atendía a su esposo con amor y paciencia cuando se presentaba después de ausencias que se medían en dos o tres años y aceptaba con resignación que se volviera a marchar sin fecha fija de regreso. Tampoco se conocen aventuras extramatrimoniales de Cervantes: ahí estaba Lope y toda su cuadrilla con ojo avizor para cacarearlo a los cuatro vientos. Y se mantienen mudos hasta hoy día...

Cuando termina su aciaga experiencia de funcionario público, Cervantes invita a Catalina a trasladar la vivienda de Esquivias a Madrid y, al poco, a Valladolid; y en Valladolid vivía cuando aparece la primera parte de *El Quijote*, y allí conoció el éxito y el sabroso placer de la fama. Y era tal la aceptación popular de la obra que en Valladolid, en junio de 1605, se celebraron unas fiestas con motivo del nacimiento del príncipe don Felipe (luego el IV), en las que participaron caballeros disfrazados de don Quijote, de Sancho y de otros personajes de la novela. Pero quince días después, la noche

del 27 de junio, caía mortalmente herido el caballero navarro don Gaspar de Ezpeleta a la puerta de la casa donde vivía Cervantes con su familia. Ello produjo la detención rápida e injustificada de todos los Cervantes y un proceso en el que los testigos declararon muy desfavorablemente sobre la dignidad y honestidad de las mujeres que constituían la familia del escritor, llamadas despectivamente, las Cervantas. Cabe decir a este respecto, que Doña Juana Gaytán y su segundo esposo vivían en estos tiempos también en Valladolid y eran vecinos de la familia de nuestro escritor, de manera que la dama madrileña fue llamada a declarar sobre ese incidente en varias ocasiones.

En fin, como en el conocimiento y la posterior boda de Cervantes y Catalina tanto hubo de participar doña Juana Gaytán, se consideraría que el Lugar de Esquivias haría gala de su gratitud si concediera el título de Hija Adoptiva a esta dama madrileña que, a pesar de haberse adelantado a su tiempo en actitudes y comportamiento y considerando la gran influencia sobre Catalina, no le aconsejó ni propuso deslices amorosos, y mucho menos que abandonara a su esposo e iniciara una nueva vida con otro hombre, ante las frecuentes y prolongadas ausencias de Cervantes. Y si ocurriese el caso de que Doña Juana hubiese nacido en Esquivias, se solicitaría para ella el nombramiento de Hija Predilecta del ilustrísimo Lugar.



También es de común conocimiento que la familia materna de Catalina de Salazar y Palacios poseía algunas viviendas en Toledo, una de las cuales heredó la esposa de Cervantes de su madre, Doña Catalina, situada en el lugar que hoy ocupa el inmueble 3-9 de la plaza de los Tintes. Antiguos documentos aseguran que la casa heredada por Catalina de su madre, se encontraba en

la parroquia de San Lorenzo, en el barrio de Andaque. Pero era necesario dar con la ubicación concreta en el barrio y en la parroquia y, por fin, ha sido localizada por el arquitecto francés Jean Passini y Mariano Calvo entre la calle de los Tintes y el callejón de Adabaquines.

En efecto; el Archivo Histórico Provincial de Toledo guarda el testamento de la tía de Catalina de Palacios, María de Cárdenas, en el que afirma en 1591 que lega a su nieta María de Guzmán y a su yerno Francisco Guzmán una parte de casas que tenía en Toledo, en la parroquia de San Lorenzo, “que alinda con casas de Don Diego de Cuéllar, vecino de Toledo, y con la calle Real, que son frontero de las casas que dicen de la Galera”. Otros documentos recogen que María de Guzmán poseía un tercio de la casa, Cervantes y Catalina otro y el tercero era propiedad de un hermano de Catalina. Por tanto, averiguando dónde estaba la casa de este “vecino de Toledo”, se localiza también la casa buscada, y el investigador francés ha averiguado que la vivienda de Diego de Cuéllar se localiza